



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: País de lotófagos

Autor: Miliani, Domingo

Forma sugerida de citar: Miliani, D. (1991). País de lotófagos. *Cuadernos Americanos*, 1(25), 41-48.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PAÍS DE LOTÓFAGOS

Por *Domingo MILIANI*
ESCRITOR VENEZOLANO

SUBTERRÁNEO, bajo la historia cotidiana, ha caminado el azar. La Historia no le permite emerger. Sigue ahí, debajo, implacable. Nos ha regido en episodios crueles o hilarantes. Alguien pudo escribir la historia de un país llamado *Mientrastanto*. Sólo que por azar un marino lo semejó peyorativamente a Venecia, aunque no hubiese canales visibles en nuestras aguas. De haber recibido el primer nombre, su capital se habría llamado *Efímera*, de tantas veces como la han sacudido y remodelado las fuerzas profundas de la tierra o la vocación demoledora de sus habitantes. Estos últimos, a través de la historia, han sufrido curiosas metamorfosis en la designación, sin alterar el comportamiento dominante. *Mientrastanto* fue originalmente poblado por aborígenes de quienes se dudó que tuviesen alma. Luego llegaron los descubridores y conquistadores; después los esclavos. De tal mescolanza, por derecho de pernada, nacieron los *súbditos de su Majestad*, hasta que conquistaron en veinte años de guerra el derecho a ser llamados *ciudadanos*, especie de la cual, según las circunstancias, surgieron variedades como las de *sufragantes*, *electores*, *contribuyentes*. En los últimos treinta años han evolucionado considerablemente, primero a *conciudadanos*. Con violencia social, contaminación atmosférica y paranoia colectiva mutaron a *sobrevivientes*. Ahora han quedado reducidos a una cómoda condición que facilita el manejo de las estadísticas económicas y demográficas, mientras el Censo de Población se pone al día. El país ha logrado la ansiada igualdad social, puesto que sólo está habitado por *usuarios* y, a veces, cuando el ingreso *per cápita* no acaba decapitándolos, asumen la categoría de *consumidores*. La condición humana es lo de menos. Eso queda para las elucubraciones de los científicos sociales.

Como todo —o casi todo— nuestro azar también vino de afuera. Al aclimatarse entre nosotros quedó signado por la improvisa-

ción que obra milagros como éstos: vivir al día sin necesidad de estar al día; hacer hoy para rehacer mañana, ofrecer disculpas por las molestias que esto nos ocasiona; no corregir los reveses de ayer, ni en lo material ni en lo espiritual, porque pertenecen a la administración anterior. Mucho menos podríamos prever las adversidades de mañana. Resultan poco rentables y, además, no son asunto nuestro sino de las generaciones venideras, a las que siempre hemos dejado el cobro de la cuenta en nuestra peculiar contabilidad social.

En el azar, como es obvio, radica nuestra incurable predisposición al juego, sin que ello nos defina como *homo ludens* en la concepción de Huizinga. Nuestro juego es, precisamente, apostar todo a todo. Lograr lo que Martí definió en algún lugar con lapidaria elegancia: "el azar es la expresión más vil de la esperanza".

Entre el improvisar y el apostar a todo oscila nuestro destino colectivo. El beneficio ha sido ecológico. Hemos economizado una gran riqueza no renovable y tan preciosa como la hidrocarburada: la energía vital, única que no hemos despilfarrado porque no hemos necesitado utilizarla demasiado.

El objeto de la apuesta no importa. Lo mismo da jugarnos El Dorado, mito virreinal, en provecho de los ingleses y luego de otros aprovechadores. Creemos en el gallo de riña cuyas iridiscencias nos deslumbran; en la baraja española, en la de póquer/canasta; en los dados. Todos implementos para labrar nuestra indecisión. Nos tentó la suerte de un rey derrocado. En la defensa de sus derechos a recuperar el trono nos jugamos la independencia. Empeñamos el sueño al galope de un pura sangre venezolano nacido en Norteamérica, centro apoteósico de nuestras pistas, primer pitiyanqui de *pedigree* insospechable, héroe nacional de artillería: *Cañonero*. Elegimos nuestros mandatarios al azar. Apostamos al ganador —o al perdedor—, para cubrirnos. Invertimos en ambos, por si acaso, sin reparar programas, doctrinas, menos aún lealtades a principios.

La vieja Lotería campeó en España desde los ilustrados tiempos de Carlos II. Fue legalizada en 1763. Es una de las herencias culturales que mejor hemos conservado con periódicas actualizaciones. Mucho más que la lengua hablada —o malhablada—. Los romanos jugaban al ganador con los candidatos al Senado. Era labor de caridad o beneficencia. He ahí un legado importante de latinidad perdurable entre nosotros hasta hoy, aquí, ahora.

Los alemanes ofrecieron en premio de su lotería una ciudad. Cualquier día podremos apostar, con alta probabilidad de acierto,

a que un moderno tahúr, docto en juegos computarizados, llegue al país y proponga el sorteo extraordinario cuya recompensa mayor sea el país entero. Con tan espectacular recaudo quizá nuestros endeudamientos históricos —de José Tadeo Monagas a Guzmán Blanco, Cipriano Castro y nuestros días—, externos e internos, públicos y privados, coyunturales y estructurales, podrán solventarse de una sola vez, sin sacrificios ni esfuerzos, sin riesgo a pérdidas electorales, con dinero muy fresco, gracias al azar, cuya versión más refinada y extendida es el juego del *LOTO*.

Antes, en los perdidos pueblos del interior existieron versiones parroquiales del azar: las loterías de animales. Su identificación numérica poco era tenida en cuenta, salvo a efecto de sorteos gritados en las plazas por un alfabetizado Juez de Parroquia, un Jefe Civil o, en su defecto, el cura párroco. Los sueños municipales de amanecer ricos se poblaban de garzas, leones, alacranes, elefantes, tigres, sapos, loros, camellos, venados, gatos, chivos, caballos, toros, ratas, perros, burros, etcétera, con los cuales, además del juego, el humor popular disponía de un fecundo repertorio de apodos aplicables por semejanza a las autoridades, fuerzas vivas, locos, beatas, solteronas u otros personajes de la comunidad. Este juego, magro en premios, estaba condenado a desaparecer con la opulencia donde se forjó, legalizó y convirtió en próspera industria sin riesgos. La Lotería de Beneficencia Pública, amparada, auspiciada y hasta publicitada por el Estado, con su venerable nombre y abolengo adoptó una más moderna y elaborada versión del juego: el *LOTO*.

El *LOTO* carece de animales —en cuanto a identificación o reglas de juego, claro está. El jugador deviene experto en análisis combinatorio de números, para lo cual no se requieren profundos conocimientos: aritmética, por ejemplo. El *LOTO* tiene la virtud de hacer olvidar todo cuanto no se halle estrictamente vinculado al próximo sorteo que, ahora, con la versión instantánea, ha logrado acortar la frecuencia entre uno y otro a menos de veinticuatro horas. Esa virtud de estimular la amnesia tiene mayor abolengo y arraigo en nuestra historia, que todas las ya enumeradas formas del azar. El introductor del juego ha debido ser un culto conocedor de nuestras modalidades étnicas, aparte estar dotado de inusitadas aptitudes para las analogías poéticas, aprendidas quizás en algún poema de Stéphan Mallarmé donde pudiera haber alguna alusión a los juegos.

Nosotros, los *usuarios*, tan orgullosos de un país igualitario, donde las discriminaciones y los prejuicios etno-culturales se han de-

clarado inexistentes, al fin podemos disponer —o consumir— una prueba irrefutable de herencia cultural africana para sumarla, sin temores de piel, al legado hispano-indígena puesto en vigencia ante la inminente celebración de los 500 años del descubrimiento, el encuentro o el desencuentro. A pesar de esos cinco siglos nos encaran, cuando somos estudiados, la condición de ser un Continente demasiado joven, casi menor de edad y, por ende, algo irresponsable. Guardada la pequeña distancia de edad cronológica entre el navegante genovés y el descubridor del *LOTO*, inserto en nuestra azarosa historia contemporánea, los méritos de este último no son pocos, a más de su modestia y desprendimiento palpables en el hecho de ocultar el abolengo de una verdad etnológica de tanta relevancia como la que vamos a reseñar.

Investigaciones recientes han revelado las connotaciones ocultas bajo el azar histórico que encerraban las inviolables programaciones del *LOTO*, desde sus orígenes —en parte exactos, en parte mágicos— hasta hoy. Estos mensajes siempre corren el riesgo de ser calificados injustamente por los tecnólogos como información parásita. Aun así vale la pena el riesgo, también forma del azar, aunque tal vez más científica.

La voracidad con que el famoso juego fue recibido entre nosotros aportó el primer indicio. Los investigadores calificaron el hecho con exactitud: "tendencia o propensión a la *lotofagia*". No se trataba de una abstracción más de los sociólogos, desvelados por las teorías del desarrollo, el subdesarrollo o la dependencia, sino de una precisión: de un fenómeno científicamente verificable.

En el África mitológica existió una secta o comunidad con hábitos alimenticios naturistas. Se les designó *lotófagos*, porque sólo se alimentaban de la dulce flor de las *ramneas*, vulgarmente conocida con el nombre de *loto*.

La autoridad intelectual que mejor documentó la existencia de aquella comunidad fue Homero. En la *Odisea*, cuando Ulises naufraga frente al país de los feacios y la bella Nausícaa lo contempla desnudo, lo viste y conduce ante el hospitalario rey Alcínoo, el itacense comienza a relatar al anfitrión los padecimientos sufridos por él y sus compañeros, desde la partida de Troya en retorno a su añorada patria. El Canto ix del poema recoge los relatos. Unos de los más conmovedores refiere:

Desde allí dañosos vientos leváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los *lotófagos*, que se ali-

mentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros (dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo) para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaban este fruto dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Mas yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hicieronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.¹

Algún misterioso chamán trajo desde África a nuestra tierra la costumbre de ingerir el manjar de la desmemoria. No se ha podido esclarecer su identidad. Algunos investigadores opinan que pudo ser el mismo hechicero Melquíades, quien desde Singapur introdujo en Macondo la epidemia de los olvidos, según la fehaciente indagación de García Márquez. La amnesia histórica, el olvido de la Patria, los vientos dañosos que empujan al desdén de lo nuestro han sido, junto con el azar, constantes alimentadas por invisibles comensales a cuya mesa aumentan cada día, enloquecidos, los afanosos de una riqueza medrada en el asalto y la indiferencia. No les hace falta remar duramente para reencontrarse, como en la parábola homérica, a pesar de que sí hemos tenido por lo menos un rapsoda. Igual que Ulises vivió empeñado en despertarnos del espejismo a fuerza de repetir un llamado a la conciencia histórica.

Ese rapsoda comenzó por recordarnos la perdida idea de Patria, como una conciencia dinámica del pasado histórico, instrumento para superar la crisis de valores que ha venido aumentando en pareja con la inflación durante los últimos treinta años. A propósito escribió:

Piensan algunos que la Patria es tanto más feliz, noble y generosa cuanto más sean las complacencias materiales que de ella podemos derivar. La

¹ Homero, *Odisea*, Canto IX: "Relatos a Alcínoo", Barcelona, Bruguera, 1978, pp. 175-176.

Patria, como el parto, implica su hora de dolor. Vista hacia atrás como solar de abuelos, significa mero goce de los réditos que produce el trabajo antiguo. Pero la Patria, en su sentido de nación y de comunidad, implica la horizontalidad de los afectos fraternales y la verticalidad descendente de las generaciones que derivarán de nosotros su existencia en el orden físico y en el orden moral de la historia. Pasos o movimientos diversos que se conjugan en una sola pasión. Hoy se la llama, más que patriotismo, nacionalismo, por cuanto aquél reduce su área conceptual a sacrificios y goces de orden ético, mientras el otro mira con ojo más abierto y rapaz de todos los problemas de la comunidad nacional. Virtud admirable cuando con ella no se llega a excesos chovinistas ni se provocan recelos en el orden de la comunidad universal. El nacionalismo es, en cambio, la fuerza que empuja y defiende la vida de los pueblos. La práctica del nacionalismo es como la práctica de la higiene, de nada vale la buena doctrina de los ideólogos y de los teorizantes si no se acopla con voluntades enérgicas que tengan y pongan los medios de hacer efectivos los principios.²

A semejanza del "prudente Ulises", nuestro rapsoda vivió desvivido por despertar una conciencia defensiva y reflexiva de la nacionalidad. Como el rapsoda de los grandes poemas épicos, o como las profetas bíblicos, sabía que era necesario repetir hasta el agotamiento el mensaje. El estilo reiterativo del discurso *épico* es adoptado por él para intensificar los efectos del discurso *ético*. Muy pocos dieron con tanto acierto en el blanco de nuestros males de pueblo. Pronosticó el agravamiento de la gran crisis que azotaría una "democracia de asalto".³ Había luchado por esa democracia durante

² Mario Briceño Iragorry, "La unidad de lo diverso", en *Aviso a los navegantes*, Caracas, EDIME, 1953, pp. 41-43.

³ En su "Pequeño tratado de la presunción", escribe: "... Pueblo de presuntuosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclaman la sistemática de un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo a la hora, ha sido la tragedia cotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrátidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin. Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero

un decenio dictatorial: el perezjimenismo. Ulises en exilio, navegó angustias, pero no silenció jamás su palabra crítica y admonitoria. No era necesario ser oráculo. Le bastó mantener despierta su conciencia histórica. Y al leer sus mensajes, escritos mucho antes de 1958, éstos parecen haber sido pensados y expresados esta mañana. Como Ulises padecía con el olvido y la indiferencia de sus compañeros en el largo viaje de reencuentro con la Patria. Respetto del azar y el olvido pensaba: "A base de celuloide y 5 y 6 se puede hacer una magnífica interpretación de nuestro destino social. Azar y viento. 'Con un poco de suerte, que lo demás sea agua', decía un viejo de mi tierra. Estamos. Azar, viento y agua. Cualquiera bruja se fabrica con estos ingredientes una luminosa tempestad".⁴

La tempestad no demoró mucho en ensombrecer la alegre orgía de los despilfarros, personificada por los pretendientes. Sus vísperas eran palpables en el decenio dictatorial hasta 1958. Años más, años menos, el ojo zahorí del rapsoda observaba y escribía ayer cuanto se iría evidenciando como desastre en los tres decenios siguientes: 1958-1988. Y no era sólo azar y viento, sino lotofagia crónica.

En nosotros se agrava más la crisis que sufre la humanidad total, en razón de nuestra carencia colectiva de defensas en el campo de nuestros propios valores de la nacionalidad y por la presencia en nuestro suelo de un elemento extremadamente peligroso. El petróleo y el hierro son agentes eficaces para el soborno que arruina a nuestros hombres. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por advenedizos en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, ha sido vehículo eficaz para que tú hayas visto el desfile decadente de nuestros mejores hombres ante la figura del dictadorzuelo, que pretende encarnar la tradición de la Patria.⁵

El viaje de regreso desde Troya distrajo diez años en la vida de Ulises. En el caso de nuestro rapsoda —que por cierto llamó un libro suyo *Aviso a los navegantes*—, el largo itinerario comienza con su primeros escritos de indagación histórica. Se esparció luego

en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquéllos sean honrados y cónsonos con la lógica que asegure una fructífera permanencia", *Obras Selectas*, Caracas, EDIME, 1966, p. 448.

⁴ "Celuloide y 5 y 6". En *Alegría de la tierra*, *Obras Selectas*, p. 696.

⁵ "La resistencia interior" (Carta a Numa Quevedo), en *Diálogos de la soledad*, Mérida, Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes, 1958, pp. 63-64.

en ensayos que acogía semanalmente la prensa caraqueña y eran leídos por los jóvenes de entonces, como antídoto contra la lotofagia. Surgió la televisión, la promoción de imágenes. Con ella, el manjar mágico de las *ramneas* se cargó de nuevas drogas para no pensar: el juego y el asalto de posiciones. Nadie o muy pocos volvieron a leer al viejo rapsoda, quien seguía gritando desde sus páginas una denuncia demoledora:

Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para cine, palacios para bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos clubs nocturnos. Se importan caballos de carrera, vedettes, boxeadores. Se introduce también cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes, por sentirse vecinos a la ruina o a la muerte entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad.⁶

Lo más extraordinario dentro de la historia azarosa que venimos glosando y está presente en el recuento dramático de nuestro rapsoda es que todas las citas de su mensaje, insertas aquí, pertenecen a textos publicados por su autor antes de 1958. La última, por ejemplo, es de una conferencia leída en la Casa del Escritor de Caracas, el 13 de septiembre de 1951. Sin duda que la lotofagia es —como muchos atarácicos— de acción muy prolongada.

El rapsoda visionario regresó a la Patria después de largo exilio, el 13 de abril de 1958. Pocos días después, el 6 de junio, falleció. Tenía 61 años de edad. Y, a propósito de olvidos, vale recordar que se llamaba Mario Briceño Iragorry.

⁶ “El sentido de la tradición” en *Introducción y defensa de nuestra historia, Obras selectas*, p. 610.